

Libros de Chilam Balam (ss. XVII-XVIII). En el Capítulo 3 se vieron fragmentos de la tradición de los llamados *Libros de Chilam Balam*. Las copias de estas colecciones de textos religiosos, profecías y noticias históricas datan todas del siglo XVII tardío o del XVIII, pero es posible que algunos de los textos se remontan a finales siglo XVI. (Es de suponer también que muchos elementos representan tradiciones orales bastante más tempranas.) Como en el caso del *Popol Vuh*, se trata de textos *coloniales* propiamente dichos. Este pasaje se refiere a la llegada de los españoles, llamados aquí *dzules*; los *itzaes* son los miembros de un grupo étnico maya del Petén (Itzá). En este pasaje se observa cómo el uso del alfabeto romano puede subvertir los intereses de los colonizadores al poner por escrito críticas explícitas a la conquista española, elocuente evidencia de un espíritu de resistencia al régimen europeo entre al menos ciertos sectores de la sociedad indígena colonial.

LOS DZULES

Esto es lo que escribo: En mil quinientos cuarenta y uno fue la primera llegada de los Dzules, de los extranjeros, por el Oriente. Llegaron a Ecab, así es su nombre. Y sucedió que llegaron a la Puerta del Agua, a Ecab, al pueblo de Nacom Balam, en el principio de los días de los años del Katún Once Ahau. Quince veintenas de años antes de la llegada de los Dzules, los Itzaes se dispersaron. Se abandonó el pueblo de Zaclahtun, se abandonó el pueblo de Kinchil Coba, se abandonó Chichén Itzá, se abandonó Uxmal y, al sur de Uxmal, se abandonó Kabah, que así es su nombre. Se abandonaron Zeye, y Pakam, y Homtun, el pueblo de Tixcalomkin y Ake, el de las puertas de Piedra.

Se abandonó el pueblo Donde Baja la Lluvia, Etzamal, allí donde bajó el hijo del todo Dios, el Señor del cielo, el Señor-Señora, el que es Virgen Milagrosa. Y dijo el señor: «Bajen los escudos chimallis de Kinich Kakmo.» Ya no se puede reinar aquí. Pero queda el Milagroso, el Misericordioso. «Bájense las cuerdas, bájense los cintos caídos del cielo. Bájese la palabra caída del cielo.» Y así hicieron reverencia de su Señorío los otros pueblos, así se dijo, que no servían los Señores dioses de Emal.

Y entonces se fueron los grandes Itzaes. Trece veces cuatrocientas veces cuatrocientos millares y quince veces cuatrocientas veces cuatrocientos centenares vivieron herejes los Itzaes. Pero se fueron y con ellos sus discípulos, que los sustentaban y que eran muy numerosos. Trece medidas fue Ixim¹ y a la cabeza de la cuenta de los

de Iximal hubo nueve almudes y tres Oc. Y los hijos del pueblo fueron con sus dioses por delante y por detrás.

Su espíritu no quiso a los Dzules ni a su cristianismo. No les dieron tributo ni el espíritu de los pájaros, ni el de las piedras preciosas, ni el de las piedras labradas, ni el de los tigres, que los protegían. Mil seiscientos años y trescientos años y terminaría su vida. Ellos sabían contar el tiempo, aun en ellos mismos. La luna, el viento, el año, el día: todo camina, pero pasa también. Toda sangre llega al lugar de su reposo, como todo poder llega a su trono. Estaba medido el tiempo en que se alabaría la grandeza de Los Tres. Medido estaba el tiempo de la bondad del sol, de la celosía que forman las estrellas, desde donde los dioses nos contemplan. Los buenos señores de las estrellas, todos ellos buenos.

Ellos tenían la sabiduría, lo santo, no había maldad en ellos. Había salud, devoción, no había enfermedad, dolor de huesos, fiebre o viruela, ni dolor de pecho ni de vientre. Andaban con el cuerpo erguido. Pero vinieron los Dzules y todo lo deshicieron. Enseñaron el temor, marchitaron las flores, chuparon hasta matar la flor de los otros porque viviese la suya. Mataron la flor del Nacxit Xuchitl. Ya no había sacerdotes que nos enseñaran. Y así se asentó el segundo tiempo, comenzó a señorear, y fue la causa de nuestra muerte. Sin sacerdotes, sin sabiduría, sin valor y sin vergüenza, todos iguales. No había gran sabiduría, ni palabra ni enseñanza de los señores. No servían los dioses que llegaron aquí. ¡Los Dzules sólo habían venido a castrar al Sol! Y los hijos de sus hijos quedaron entre nosotros que sólo recibimos su amargura.

(SODI, Demetrio: *La literatura de los mayas*. Editorial Joaquín Mortiz. México, 1964, pp. 23-29.)